



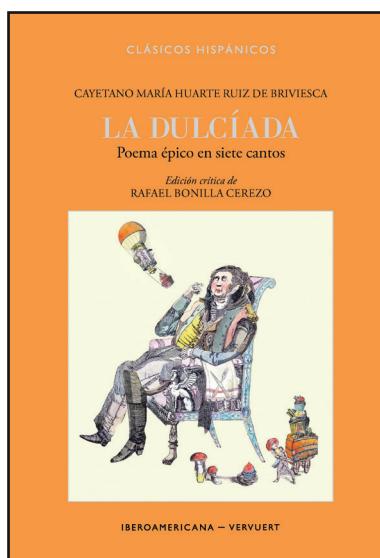
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 29 (2023)

Cayetano María HUARTE RUIZ DE BRIVIESCA (2022), *La Dulciada. Poema épico en siete cantos*, Madrid, Iberoamericana – Vervuert (Clásicos Hispánicos, 32), 300 pp. Edición crítica de Rafael Bonilla Cerezo.



«Yo, aquel que en algún tiempo canté amores, / y al blando son de la suave avena / canté celos de rústicos pastores / ya en églogas, ya en dulce cantilena; / yo, que canté de Marte los horrores / cuando agitaba su furor mi vena, / ahora que Apolo no me inflama tanto / canto los dulces, sus elogios canto». Con estos versos da comienzo *La Dulciada. Poema épico en siete cantos*, ejemplo conseguido de la épica burlesca dieciochista, aparecido por vez primera en la madrileña imprenta de la calle de la Greda en el año 1807, pero compuesto antes, pues su autor murió a comienzos de 1806. La persona que tenga a bien leer sus páginas notará que lo que aquí se propone es una inversión paródica de la epopeya ya que, por un lado, mantiene los convencionalismos propios del género —nótese el empleo de la octava real, estrofa escogida para los temas elevados—, si bien conlleva la degradación del referente que caracteriza la cultura carnavalesca. Puede haber a quien le parezca llamativo que sea precisamente en la Ilustración, momento de encumbramiento de la Antigüedad clásica, cuando emerja un tipo de discurso que contradice en parte estos principios. Pero, al mismo tiempo, es bien sabido que en el Dieciocho también hubo espacio para la risa, y así, es seguro que el autor, el gaditano Cayetano María Huarte Ruiz de Briviesca, que llegó a ser prebendado y visitador de la catedral de

su ciudad, hubiese hecho suyas con mucho gusto las palabras que Torres Villarroel dejó escritas en *Juguete de Talía*, donde decía que «el siglo en el que estamos es burlesco, y si no lo es para todos, lo es para mí».

Por supuesto, esto tampoco equivale a decir que los griegos y latinos careciesen de sentido del humor, pues entre Heráclito y Demócrito, hubo quienes se sumaron al bando del segundo. Sin ir más lejos, durante siglos le fue atribuida a Homero la escritura de una *Batracomiomaquia*, es decir, el relato «heroico» de una batalla que enfrenta a ranas y ratones. No obstante, es cierto que con demasiada frecuencia la risa ha sido menospreciada por los árbitros de los Parnasos, Repúblicas de las letras, cánones y currículos académicos, que generalmente han juzgado las obras serias con una mayor benevolencia. Irene Vallejo, en *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*, reflexiona sobre esta particular circunstancia, que ella ha bautizado como «El drama de la risa». De esta forma, no debe resultar extraño que *La Dulciada* haya despertado escaso interés entre la comunidad científica, que se ha limitado a ver en ella un «bizarro capricho» que destaca más por su rareza que por su brillantez en medio de la producción literaria ilustrada.

Los datos resumidos hasta aquí aparecen compendiados en el amplio y documentado «Estudio introductorio» elaborado por Rafael Bonilla Cerezo, profesor en la Universidad de Córdoba y en la de Ferrara, quien es además el responsable de la edición crítica del texto. Las partes «*Arma bestiamque cano*» y «La épica de en la Ilustración» analizan la situación del género en el siglo XVIII, atendiendo tanto a criterios poetológicos, como al papel que este desempeña en la Historia de la literatura europea. Conocemos así que los humanistas italianos de los siglos XVI y XVII se vieron tentados a subvertir las reglas aristotélicas decantándose por la creación y la mezcla, y que esta tendencia fue en parte reproducida en España (piénsese en la celeberrima *Gatomaquia* lopesca). Más tarde, en el Siglo de las Luces, también hubo quienes, antes incluso que Huarte, siguieron dicha estela, si bien es cierto que algunas de estas muestras «apenas han suscitado el interés de los dieciochistas».

En «El prebendado poeta», Bonilla Cerezo reúne los datos conocidos acerca de la trayectoria vital y literaria del autor que nos ocupa que, si bien no fue del todo desconocido en su época, no goza hoy del reconocimiento que se les otorga a otras personalidades de la Ilustración española.

Aparte del contexto histórico y literario, en «*La Dulciada. Poema épico en siete cantos*», el editor nos regala informaciones precisas acerca de la transmisión textual de la obra, gracias a lo cual sabemos que ha habido cierta controversia a la hora de atribuir el texto al padre Huarte —la *princeps* se publicó anónima— y que existen tres testimonios fundamentales que la contienen, uno manuscrito y dos impresos, cuyos ejemplares se conservan en distintas bibliotecas de España, Reino Unido y Estados Unidos. Partiendo de los datos recabados, se intentan aclarar algunas cuestiones que resultan fundamentales para llevar a cabo una lectura cabal del poema, como son la autoría, la fecha de redacción o las fuentes, incluyéndose aquí los escritos del mismo Huarte, sobre cuyos desvíos y coincidencias respecto a *La Dulciada* pueden establecerse hipótesis que corroboren la plausible atribución autorial.

Esta sección continúa con un estudio detenido del argumento y de los recursos literarios utilizados. Se tienen en cuenta principalmente las figuras retóricas y los tropos, pero también la selección léxica, y en concreto, la presencia de ciertas recetas y técnicas culinarias que, en una obra de esta índole, resulta imprescindible conocer para llegar a interpretar correctamente cada uno de los versos. Una vez más, no se tiene en cuenta únicamente el texto editado, sino que la lectura se completa con comentarios que tratan

de poner en relación la creación del padre Huarte con otros ejemplos de la épica burlesca europea.

El capítulo «Estemática y variantes de autor» va más allá de la aplicación directa a *La Dulciada*, pues sirve de modelo para quien quiera que tenga intención de embarcarse en la tarea de realizar una edición crítica conforme a la filología de autor italiana. Lo que el editor llama «apuros textuales» es en realidad un análisis concienzudo de la ecdótica y de la transmisión del poema. A partir de las diferencias y los errores detectados en los testimonios, aclara si hubo personas que intervinieron en la redacción del escrito — especialmente en la edición de 1807— e indica las etapas observables en la elaboración del escrito, lo que, a la postre, permite establecer el grado de filiación entre los mismos. Todo esto, como es natural, con el fin de ofrecer la versión más cercana a aquello que el autor quiso decir al redactar la composición, lo cual queda justamente resumido en los «Criterios de edición».

A estos apartados habría que añadir el «Aparato crítico» y la correspondiente «Bibliografía», que se encuentran en las páginas finales del libro.

En cuanto a la composición en sí, su título no conduce a engaños: narra los pormenores de una contienda cuyo campo de batalla es la repostería. Lógicamente, los tópicos asociados a la epopeya quedan invertidos en un juego típicamente carnavalesco. Así, en el «Canto primero», la voz lírica pide ayuda a la Musa, no para contar con propiedad las hazañas y el valor de los guerreros, sino con el fin de saber «quiénes los dulces cándidos hicieron / y quiénes los de almíbar idearon; / quién inventó bizcochos y tablillas, / quién las compotas, cremas y natillas». Igualmente, el mecenas que se digne a conceder su protección al autor no necesita ser un gran señor —«Nada importa que sea grande o chico, / nada que noble o que plebeyo sea, / nada que sea pobre o sea rico»—, sino solamente un «hombre de buen gusto», toda vez que este sintagma inserto en un contexto de esta índole adquiere un inequívoco significado gastronómico. Los héroes a quienes se destinan los elogios no se parecen a Aquiles ni a Eneas, sino que son el huevo hilado, la jalea y el huevo mol, cuyas virtudes son tantas que para encarecerlas sería «corta facundia la del mismo Homero».

Que el lector no espere encontrarse en el «Canto segundo» con una larga apología del linaje de un valiente luchador, porque lo que la voz lírica declara es «la época de la invención del huevo mol, quién le inventó y dónde», aunque, eso sí, el postre puede presumir de tener orígenes clásicos pues, de un modo «hiperbolizado», como señala el editor en una nota al pie, su invención se sitúa en Roma. El «Canto tercero» es una digresión donde se subvierten los motivos épicos mediante el relato de una contienda contra un «mosquil ejército» que asedia los postres.

Enseguida, en el «Canto cuarto», la voz poética «vuelve a tomar el hilo de la narración», esta vez para condenar «el mal uso que se hace del azúcar destinándola a malos dulces», como los dulces de rosa, muestra de un paladar «pedante», pues «la rosa solamente fue criada / para alegrar la vista y el olfato». En cambio, otra clase de pasteles salen bien parados, como las yemas acarameladas, que son «lo mejor que el hombre ha hallado». Pero, cuando estaba a punto de ponderar la excelencia del merengue, el narrador es presa de un profundo sueño, siendo trasladado sin que sepa cómo a los Campos Elíseos. Allí le sirve de *cicerone* un joven que resulta ser el Buen Gusto. Este «Canto quinto» le sirve al autor para hacer algo de crítica literaria, pues aparecen mencionados algunos de los ingenios más destacados del setecientos, como José de Cañizares o José Benegasi. Luego, guía y visitante llegan a una selva donde los árboles «no de agua, de almíbar son regados» y, después de que el Buen Gusto declarase que los dioses habían prohibido probar bocado, caen ambos a un río de leche.

Mientras nadaban les sorprende una tormenta, y más tarde, cuando logran ponerse a salvo, una nereida les comunica «un triste vaticinio», que no es otra cosa que el anuncio del fin del «siglo de oro» de la repostería. En el último canto, llegan al palacio de la «divina / [...] Golosina», construido con alcorza, pasta de almendras, caramelo y otros ingredientes.

A estas alturas es esperable que los lectores hayan quedado saciados, y si no es así, tendrán que empezar a leer desde el principio, porque el banquete está a punto de llegar a su fin:

Fin del poema *La Dulciada*.

Desuit et scriptis ultima lima meis.

Claudia LORA MÁRQUEZ

<https://orcid.org/0000-0002-2038-3702>